

media? ¿No han sido tan continuas y tan sangrientas tus burlas como tus persecuciones? Si tus burlas son tan poderosas, ¿por qué no las hiciste en una ocasión por otra parte bastante chusca? Alojado estabas en el cuerpo de un hombre furioso, que no llevaba vestido, y que noche y día andaba por los sepulcros y por las montañas, dando gritos y lastimándose á sí mismo con piedras. Habiendo visto desde lejos á Jesus, corrió á él y le adoró, y lanzando un grito, dijo: «¿Qué hay entre vos y yo, Jesus, hijo del Altísimo? Por el nombre de Dios os ruego que no me atormentéis.» Porque Jesus te decía: «Espíritu inmundo, sal de ese hombre.» Y tú no te burlaste de este mandato; antes por el contrario, cuando te preguntó cómo te llamabas, respondiste: «Me llamo Legion, porque somos muchos;» y le pediste que no os mandase ir al abismo, ni os arrojara de aquel país. Y ¿qué sucedió? Sucedió que habiendo allí una gran piara de cerdos que estaban pastando á lo largo de la montaña, cuantos demonios érais, todos le hicisteis esta súplica: «Enviadnos á esos cerdos para que entremos en ellos;» y él os dijo: «Id;» y salidos del hombre, fuisteis y entrasteis en los cerdos (1). Ahí, pues, tienes, ó Satanás, príncipe de este mundo, dios de este siglo, cuál es tu poder real. Sin el permiso de aquel mismo á quien crucificaste en medio de burlas y de mofas, ni tú ni los tuyos, hombres y demonios, aunque formáseis innumerables legiones, ni siquiera podeis entrar en el cuerpo de un cerdo.

Acabamos de ver el interior del mundo y del gobierno de su príncipe; volvamos ahora nuestra vista hácia el reino de Dios, hácia la Iglesia católica.

El Papa Gregorio XVI, nacido en Bellu-

(1) Matth. VIII, 28-34; Marc. V, 1-20; Luc. VIII, 24-39.

no el 18 de setiembre de 1765 y elegido Papa en 2 de febrero de 1831, murió en 1.º de junio de 1846. Había sido religioso benedictino del orden de Camaldulenses. En 16 del mismo mes de junio, segundo día del cónclave, fué nombrado Papa el cardenal obispo de Imola, Juan María de los Condes Mastai Ferreti, que tomó el nombre de Pio IX. Había nacido en Sinigaglia, Marea de Ancona, el 13 de mayo de 1792. Fué á Roma á la edad de veintidos años. Recibido bondadosamente por Pio VII, quiso entrar á servir en la guardia noble del Papa; pero el príncipe Barberini, jefe de esta guardia, no quiso admitirle por lo delicado que era de salud. En efecto, un ataque epiléptico vino á llenar de pena al jóven conde, el cual cayó llorando á los pies de Pio VII. El Santo Padre le levantó y consoló, diciéndole que sin duda Dios quería llamarle á sí por el camino de la cruz. Curado por la intercesión de la Santísima Virgen, el jóven Mastai se consagró al servicio de los altares. Estudió teología en la Academia eclesiástica bajo la dirección del presbítero Graniari, quien le presentaba como modelo de piedad y de caridad á sus condiscípulos diciendo que tenía el corazón de un Papa.

Había en Roma una casa de huérfanos y de niños espósitos, fundada por el albañil Juan Bonghi, que recogía los chicos que andaban mendigando y les daba una educación cristiana y enseñaba un oficio. Este establecimiento había luego recibido socorros del Papa y una dirección eclesiástica. El jóven conde, aun antes de ser sacerdote, en vez de entregarse á las distracciones de su edad, se entretenía en hablar y enseñar aquellos chicos; ordenado de sacerdote, dijo su primera misa en la pequeña iglesia de los huérfanos, y se dedicó mas que nunca á su educación. Nombrado director de esta casa por el Papa, vivía

en una pobre habitación del establecimiento, empleando las rentas que recibía de su familia en proveer á las necesidades y aun á las inocentes recreaciones de sus pobres pupilos. Por espacio de siete años se ocupó en esta tarea humilde, hasta que fué enviado á América con Mons. Mazi, nombrado vicario apostólico de Chile, del Perú y de Méjico, países que habían sacudido la dominación de España y adoptado la forma de gobierno republicana. Los viajeros tuvieron que sufrir mucho en la travesía; fueron presos en la isla de Mallorca por empleados españoles que miraban de reojo las relaciones directas de Roma con un país rebelado. El navío fué atacado por corsarios, traqueteado por una violenta tempestad, en la que un marinero cayó al mar, pero al fin pudo salvarse. En América los viajeros tuvieron que atravesar los desiertos de los Pampas, pasando la noche en medio de aquellas soledades; una vez tuvieron por albergue una choza construida con huesos de animales que conservaban todavía el olor á muertos; padecieron hambre, sed y fatigas como los hombres verdaderamente apostólicos. Al principio fueron recibidos con entusiasmo por los pueblos americanos; pero los gobiernos, celosos de su nueva autoridad, suscitaron tantas dificultades á la legación que tuvo esta que volverse á Roma sin haber conseguido grandes resultados.

A su regreso de América, había ya muerto Pio VII, primer protector del presbítero Mastai; pero fué este muy bien recibido por Leon XII, que le nombró gobernador de San Miguel del otro lado del Tiber, donde los muchachos aprenden artes y oficios, y halla asilo la vejez y una saludable represión el vicio. Desplegó tanta habilidad en la difícil administración de este establecimiento, que fué nombrado arzobispo de Spoleto. Al desempeñar con celo los deberes del episcopado, se dedicó

á reformar el clero y á apaciguar las querellas que se suscitaban entre los seglares. En 1831 se refugiaron en Spoleto algunos de los rebeldes al aproximarse el ejército austriaco; el arzobispo contuvo á las tropas extranjeras y persuadió por sí mismo á los insurgentes á que se sometiesen á la autoridad legítima. Mostrándole un espía la lista de las personas sospechosas, cojió el papel y le arrojó al fuego diciendo que un lobo que quiere hacer daño á las ovejas no comienza por avisárselo al pastor. Su corazón estaba abrasado de caridad para con los pobres; cuando en socorrerles había gastado ya su dinero, les daba sus alhajas de plata.

Trasladado en 1832 á la Silla de Imola, continuó ocupándose en realzar el mérito del clero con ejercicios espirituales; fundó una casa de huérfanos, á quienes se enseñaban varios oficios, y se les educaba cristianamente; hizo ir hermanas de la Caridad para la educación de las niñas; estableció un colegio de pupilos para estudiantes; y su casa, abierta á los hombres de todos los partidos, venía á ser un instrumento de reconciliación. Elevado en 1841 á la dignidad cardenalicia, volvió inmediatamente á dedicarse á los trabajos de su diócesis, y siguió ocupándose únicamente en cumplir los deberes de buen pastor de su grey, hasta que llegó el cónclave de 1846, en el que al segundo día fué elegido Papa.

Este nombramiento produjo un hosanna universal en toda Europa. Hasta en Constantinopla se alegró de ello el sultán y envió una embajada á complimentar al nuevo Papa; pero donde no tuvo límites el entusiasmo fué especialmente en Roma. Todos los días había con este motivo tiestas, iluminaciones, aclamaciones y serenatas bajo las ventanas de la habitación de Pio IX. Y á ello daba lugar el excelente Pontífice, pues desde los primeros días publicó una amnistía que levantaba el

destierro á los que el gobierno anterior habia desterrado por conspiradores y alborotadores. Tambien espidió otros decretos pontificios reformando varios abusos y anunciando progresivas mejoras. Luego que se publicó la amnistia, el pueblo romano corrió de tropel al palacio pontificio con hachones encendidos y dando muchos vivas á Pio IX, hasta que el Pontífice salió al balcón y dió su bendición á la muchedumbre. Al otro día, que era el de San Vicente de Paul, al ir el Papa á la iglesia de los paules, desenganchó la gente los caballos del coche y condujeron este á brazo. Otras veces se vió el coche del Papa tirado por personajes distinguidos vueltos del destierro, y aun por otros de quienes no era de esperar tanta devocion. Con el tiempo, y lejos de Roma, particularmente en Nancy (a), donde entonces nos hallábamos nosotros, parecieron

(a) Y aun mas particularmente en España, pudiéramos añadir nosotros; pues sabido es cómo previó en cierto modo el sensato pueblo español lo que iba á suceder, y esto con tanto mas motivo cuanto que solamente los periódicos que mas blasonaban de liberales eran los que mas se deshacian en elogios de la nueva direccion que tomaban las cosas en Roma. Así es que mientras en Francia y en algunos otros países se hacian las mas entusiastas manifestaciones, el clero y pueblo español permanecian silenciosos. Nuestro malogrado amigo Balmes, cuando volvió del extranjero y observó este contraste, se afectó hondamente, y para que esta actitud casi general en España no degenerase yendo hasta un punto indebido, creyó deber escribir el notable folleto que publicó con el título de «Pio IX» y que, á pesar de su pequeño volumen, acaso pueda asegurarse que le costó mas tiempo y mas trabajo y mas retoques que todas las demas obras suyas. Afortunadamente está hondamente arraigada en el religioso pueblo español la adhesion á la Santa Sede y al Vicario de Jesucristo, y así es que esa actitud que tanto contrastaba con la de otros pueblos en esta ocasion, no provenia de hostilidad á la augusta persona de Pio IX, sino del temor de que abusasen de su bondad los que, siendo enemigos del pontificado, ocultaban por de pronto su enemistad y aun le adulaban para llevar á cabo con mas seguridad los planes revolucionarios que meditaban. Estos recelos, que cada dia iban robusteciéndose á vista de las medidas que se iban tomando en Roma, eran los que hacian aparecer tan silencioso al religioso pueblo español, que adicto á la sagrada persona del Papa pedía uno y otro dia al Señor no permitiese que los revolucionarios se valiesen del bondadoso caracter de Pio IX para llevar á cabo proyectos que este no podia menos de reprobar como católico y como gefe del catolicismo. (N. del E.)

sospechosas estas demostraciones escesivas y que se ejecutaban como si fuese á impulsos de alguna orden recibida para ello. Y en efecto, no era ese el entusiasmo espontáneo de un pueblo agradecido, sino la ejecucion premeditada del plan del abogado Mazzini, el gefe de los socialistas, de tener siempre en agitacion á la muchedumbre con reuniones y fiestas y de servirse de ello para conseguir de la autoridad concesiones ca la vez mayores.

Habia en Roma un hombre del pueblo, llamado Angel Brunetti, y apellidado Cicervacchio ó Jouflu (moflatado) por su madre, que era muger piadosa. El hijo, hecho ya grande y fuerte, fué primero carretero, y luego alquilador de caballos, y comerciante en vino, en maderas y en forrage. Como era sensible y compasivo era muy querido del pueblo; pero tenia dos grandes vicios, era orgulloso y borracho. De esto se aprovecharon las sociedades secretas para apoderarse de él y convertirle en instrumento suyo para con la muchedumbre. Los socialistas, pues, lisonjearon su vanidad, dándole el título de gefe del pueblo, nombrándole oficial de la guardia cívica y abriéndole los palacios de los príncipes. Así corrompido, acabó Cicervacchio por convertirse en gefe de sicarios y asesinos. Otro sugeto de Roma dió otro ejemplo no menos extraño.

En 1815 hemos visto á la familia Bonaparte errante por Europa y buscando en vano, en medio de las ruinas de sus tronos, un asilo donde reposar su cabeza. Un solo hombre la manifestó una compasion generosa; el Papa Pio VII la recibió desde luego en sus Estados. Un individuo de esta familia, Luciano Bonaparte, hermano de Napoleon, se habia mostrado siempre afecto á la Santa Sede, y así Pio VII le dió el título de príncipe romano con el principado de Canino. El hijo de Luciano no ha tenido la constancia de seguir el honroso

ejemplo de su padre. Hé aqui lo que se dice en la Historia de la *Revolucion de Roma* por Balleydier: «Hábil en el arte de fingir, Carlos Bonaparte habia estado haciendo durante el pontificado anterior dos papeles diametralmente opuestos. Por la mañana en las antecámaras de los cardenales y por la noche en los conciliábulos de las sociedades secretas, habia explotado con su juego doble las probabilidades de lo presente y las eventualidades de lo porvenir, y aun muchas veces se le habia visto ir piadosamente al Vaticano para poner á los pies de Gregorio XVI homenajes que su corazon desmentia (1).» En 1847 y 1848 el hijo de Luciano, yendo con un puñal en la mano á la cabeza de los sediciosos de Roma, se creia de seguro mas hábil que su padre. Sin embargo, si hubiera tenido la simplicidad filial de imitar á su padre hasta el año 1852, el universo cristiano y la Historia, en vez de haber condenado su conducta, le proclamaria quizá como el individuo mas digno de la familia Bonaparte y la Francia agradecida le llamaria al trono imperial, al menos despues de su primo Luis Napoleon.

Los otros príncipes romanos no se mostraron tan mal, pero no mucho mejor. El príncipe Aldobrandini, engañado quizá por las sociedades secretas, arranca á Pio IX el establecimiento de una guardia cívica, de la que los socialistas habian de servirse muy luego para desarmar á la guardia fiel de los suizos y poner alrededor del Papa sus mayores enemigos. Cuando estalló la guerra en la Alta Italia entre el Piemonte y el Austria, Pio IX consintió que las tropas romanas fuesen á las fronteras para defenderlas, pero no mas allan para atacar á los austriacos. El general Durando, con una mentira que deshonor á todo hombre de honor, aseguró á las tropas que el

Santo Padre las enviaba con su bendición á hacer la guerra al Austria. En lo mas récio del peligro Pio IX no se vió asistido por ninguno de los príncipes, por ninguno de los grandes, por ninguno de los sugetos notables de la Roma secular. Un noble polaco dice con este motivo:

«Esta capital posee una poderosa aristocracia, que debe á los Papas su elevacion; una clase media, á la que la estancia de los Papas en Roma forma toda su riqueza; una burocracia y un ejército, ligados al soberano por un deber riguroso y dependiendo en todo del gobierno; en fin, un pueblo pobre, socorrido por la caridad siempre fecunda de los Papas. Y sin embargo, nadie se movió para defender al Papa, y ni siquiera para manifestarle sus simpatias, su pena y su fidelidad. En vano una princesa, que habitualmente tiene mucho influjo en el ánimo de sus hijos, en vano se echó á los piés de estos suplicándoles fuesen á ver al santo cautivo. La guardia cívica, los vecinos armados que habian jurado defender á la Iglesia confiada á su honor, permaneció en un estupor inmovil y perjuro. Todas las clases de la sociedad, toda la nacion romana se mostró en ese dia indigna de tener entre ella al Gefe Supremo del cristianismo, al Vicario de Jesucristo. Esperamos que vendrá un dia en que Roma penitente y castigada sepa reparar el deshonor de su pusilanimidad (1).»

El mayor peligro para Pio IX fué en el mes de noviembre de 1848. Por fin, el Papa habia encontrado un ministro capaz y adicto, el conde Rossi. «El Papado, decia Rossi antes de ser ministro, es la única grandeza viviente de Italia.» Adicto al Gefe de la Iglesia por patriotismo y por un sentimiento religioso que jamás se habia estinguido en su corazon y que se habia reanimado en Roma en medio de las

(1) Tomo 1.º, p. 16 y 17.

(1) *Guerras y revoluciones de Italia en 1848 y 1849*, por el conde Eduardo Lubinski, p. 257 y 258.

ruinas del mundo, el ministro Rossi decia: «Para llegar hasta el Papa habrá que pasarse antes por mi cadaver.» Un hombre de esta capacidad y de esta adhesión se hizo por esto mismo odioso á los revolucionarios. Los conjurados, tales como el príncipe de Canino, el conde de Mamiani y el doctor Sterbini fueron al congreso científico de Turin. Semejantes asambleas eran desde algun tiempo el pretexto de los conciliábulos de la conspiración. Al regreso de esta expedición, y en una casa de Florencia ó de Liorna, se decidió quitar la vida á Rossi. El abogado Mazzini, en una carta que fué publicada, declara que esta muerte es indispensable. En uno de los clubs de Roma, se sacaron por suerte los asesinos que debían contribuir al asesinato de Rossi y el actor principal de este crimen que en un hospital se estuvo ensayando en un cadaver. El 15 de noviembre era el designado para la apertura de las Cámaras en el palacio de la cancellería. Rossi, que debía de pronunciar en ellas el discurso de apertura, recibió de muchas partes avisos del peligro que le amenazaba. El 15 por la mañana fué á tomar las órdenes del Papa, quien le recomendó estuviese muy sobre sí, y le dió su bendición; bendición que había de ser la última que él recibía. Al bajar la escalera, se encuentra con un sacerdote que le dijo al oído: «No salgais, ó sois muerto.» Rossi respondió: «La causa del Papa es la causa de Dios.» Pocos minutos despues, al subir la escalera de la cámara de diputados, recibe en la garganta una puñalada que le quitó la vida.

La cámara oyó en silencio los pormenores del asesinato cometido á la puerta del salon; entre los representantes de la Roma seglar no levantó una sola voz para censurar aquel horrible atentado. Al pié de la escalera, en la plaza, estaba sobre las armas la guardia civil; y esto no obstante, nadie detuvo al asesino,

nadie hizo siquiera demostración alguna de intentarlo. El criminal impune recorrió la ciudad conducido en triunfo por sus cómplices á los cuales se agregaron algunos dragones y carabineros ó gendarmes, y iban cantando una nueva canción: «Bendita la mano que dió de puñaladas á Rossi.» El puñal del asesino, coronado de flores, estuvo espuesto á la veneración del público en el café de las Bellas Artes. Los asesinos de Rossi fueron á insultar á su viuda, obligándola con la mas cruel ironía á poner iluminación en su casa. Los periódicos aprobaban el crimen, como expresión necesaria del sufragio universal.

Diéronse priesa los conjurados á aprovecharse del crimen. Al otro dia, 16 de noviembre, se trató en la Cámara de enviar al Papa una diputación para manifestarle la pena que le causaba lo ocurrido; pero el príncipe de Canino se opuso á ello. El club preparaba por su parte una gran demostración y pedía á la guardia civil y al ejército se uniesen á él. Una turba, organizada de antemano, se dirige contra el Quirinal, residencia del Papa, y asesta el cañon contra la puerta del palacio. Desde las casas inmediatas se disparan tiros de fusil, y una bala va á herir de muerte á Mons. Palma, el cual cae muerto á los pies del Papa. Se pone fuego á una de las puertas del palacio, pero los suizos consiguen apagarlo. Se amenaza á Pio IX con pasar al filo de la espada á todos los habitantes del palacio, perdonándole la vida á solo él, si no quiere rendirse á las exigencias de la revolución; pero algunas balas caídas en la misma habitación del Papa prueban que ni aun á este se habría perdonado. En tal extremo, Pio IX consiente en sufrir el ministerio que se le impone; era una baraja de siete traidores, excepte el presbítero Rosmini, que no quiso formar parte del gabinete.

Al dia siguiente, 17 de noviembre, mu-

chos diputados presentaron á la Cámara una proposición pidiendo se enviase al Papa una diputación para presentarle un homenaje de su adhesión y de su reconocimiento; pero el príncipe de Canino, que se hacia llamar el ciudadano Bonaparte, impidió se aprobase dicha proposición, diciendo que ese paso era imprudente y que luego podían arrepentirse de haberle dado; que el pueblo italiano es el amo, y que sabrá estrellar y hacer pedazos las Cámaras, los ministros y los tronos que se opongan á sus vigorosos arranques.

Inmediatamente despues del alboroto, el Papa declaró al cuerpo diplomático, reunido en su palacio, que él no tenía ni tomaba parte alguna en los actos de un ministerio que había sufrido por evitar la elusión de sangre, pero que no había sido formado por él; y que hasta había dado orden para que no se empleasen las fórmulas acostumbradas, á fin de que nadie fuese inducido en error. Hé aquí los nombres de los diplomáticos que se hallaban en el Quirinal, mientras el Papa se veía abandonado de sus propios súbditos: Martínez de la Rosa, embajador de España, con el señor Arnao, secretario de la embajada; el duque de Harcour embajador de Francia; el conde de Spaur, de Baviera; el baron Venda Cruz, con el comandante Huston, de Portugal; el conde Boutenieff, que en aquel dia representaba al emperador de Rusia y rey de Polonia; Figuereido, embajador del Brasil; Liedekerke, de Holanda; y otros varios diplomáticos, pero ni uno siquiera italiano (1). Había también en Roma un embajador, no oficial, sino oficioso, de Inglaterra; no al lado del Papa, sino en otra parte. Lord Minto fué recibido con entusiasmo por las sociedades secretas de Roma; y desde entonces el pueblo olvidó el camino del Quirinal, para ir á darle

(1) Lubienski, c. 13.

serenatas. Lord Minto iba al círculo popular y á las oficinas del periódico socialista, y recibía con mucha atención á Cicervacchio y hasta compuso versos para su hijo Cicervacchietto.

El Salvador podía decir de nuevo á sus enemigos, como en el huerto de las Olivas: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Su vicario se veía en manos de sus enemigos; bien es verdad que en el fondo la Roma eclesiástica, la iglesia romana seguía siendo y permanecía digna de S. Pedro y de sí misma. Todos los cardenales se mostraban fieles; pero muchos de ellos, amenazados personalmente por el puñal homicida, no debían esponerse sin necesidad. El mismo Pio IX había escitado á los hijos de S. Ignacio á que tomasen el camino del destierro para no irritar escesivamente el furor de sus enemigos. Pio IX, festejado el año anterior no menos que el Salvador al ir á Jesusalen, se veía ahora solo y como en la agonía; porque si bien se veía rodeado de los dignos representantes de la Europa cristiana, hay que tener en cuenta que esta misma Europa estaba en revolución. El rey de Nápoles se veía amenazado por revoluciones á uno y otro lado del Faro; la Lombardia y Venecia estaban en insurrección; el Piemonte estaba en guerra contra el Austria; toda la Hungría estaba sublevada; el emperador Fernando de Austria se vió precisado á abandonar dos veces la capital, presa de la revolución, y no sabiendo ya qué hacer, entrega el imperio espirante á un joven de diez y ocho años: el rey de Prusia y otros soberanos de Alemania, que creían dirigir la revolución en provecho suyo, tuvieron que huir ante ella ó combatirla en las calles para salvarse; la Francia, que había dado la señal de esta conmoción universal, se veía reducida á defender su vida contra sí misma. París es un campo de batalla donde hombres y mujeres matan á los solda-

dos franceses con balas envenenadas; en una sola batalla contra la anarquía parisiense sucumben mas capitanes valientes que durante toda la campaña contra los beduinos de Africa. Verdaderamente era la hora de las tinieblas y el reinado del infierno. Pero desviemos de esto por un momento nuestra vista.

Eráanse las 11 de la noche en Nápoles el 25 de noviembre, cuando al retirarse á su cuarto el nuncio apostólico, Mons. Garibaldi, se le presenta forzando en cierto modo la puerta de su cuarto un hombre, que acababa de llegar de Roma en posta, el conde de Spaur, embajador de Baviera, y le dice: «Monseñor, ¿está el rey en Nápoles?»—«Ha llegado hoy y mañana por la mañana vuelve á salir para Caserta.»—«Pues, monseñor, es menester que yo le vea...»—«¿Mañana?»—«No, esta noche, en seguida, ahora mismo.»—«¿Esta noche? ¿Estais en vuestro juicio, señor conde?»—«Sí, es preciso, monseñor, y espero que me presentareis á él?»—«Pero ¿sabéis la hora que es ya?»—«El conde sacó su reloj y contestó: «Las once y cinco minutos, monseñor.»—«Pero primero que lleguemos á palacio, ya será media noche.»—«Aunque fuese la una de la noche, tendria yo que ver al rey.»—«Pero señor conde, haceos cargo que el rey estará ya acostado.»—«Pues si lo está, le haremos levantar.»

Al pronto, Mons. Garibaldi creyó que el conde habia perdido la chaveta, y exclamó: «Pero señor de Spaur, ¿hacer levantar al rey!»—«Sí, monseñor, si estuviere ya acostado.»—Entonces al ver que el nuncio, despues de hacer una cortesía al conde, iba á retirarse á su habitacion interior, abrió el conde su cartera, sacó un pliego sellado con las armas pontificias y con sobre al rey, y mostrándole á Mons. Garibaldi, le dijo: «¿Conoceis esta letra y este sello?»—«Es la letra y sello de Su Santidad,» contestó el nuncio todo sor-

prendido.—«Sí, monseñor; por consiguiente ya veis que debo ser presentado inmediatamente al rey.»—«¿Señor conde!»—«Monseñor, en este momento los minutos son horas, y en nombre de Su Santidad os hago responsable de los que estamos perdiendo; ¿en qué quedamos, pues? ¿Quereis conducirme, ó no, á la presencia de S. M.?»—«Al menos, señor conde, permitidme que yo vaya á prevenirle.»

Las doce de la noche iban á dar, cuando el nuncio, introducido en Palacio para un negocio urgente, fué admitido á la presencia del rey, quien informado de la llegada extraordinaria del embajador de Baviera y de la carta autógrafa de Su Santidad que tenia que entregarle de parte del Papa, consintió en recibirle inmediatamente. El conde de Spaur subió solo á la cámara del rey, quedando esperando el nuncio en su carruaje. Entonces el ministro de Baviera, inclinándose delante del rey Fernando II, le dijo: «Señor, disimulad me presente á estas horas á V. M.; pero os traigo noticia de graves acontecimientos: esa noticia la hallareis en esta carta de Su Santidad.»

«Señor, el Romano Pontífice, el Vicario de Jesucristo, el soberano de los Estados de la Santa Sede, se ha visto precisado por las circunstancias á abandonar su capital, á fin de no comprometer su dignidad y para no parecer aprobar con su silencio los excesos que se han cometido y se están cometiendo en Roma. Está en Gaeta; pero lo está por poco tiempo, pues no quiere comprometer de modo alguno ni á V. M., ni á la tranquilidad de sus pueblos. — El conde de Spaur tendrá el honor de presentar esta carta á V. M. y decirle lo que la falta de tiempo no me permite manifestarle, relativamente al lugar á donde el Papa piensa dirigirse muy luego.—En la quietud de su espíritu y con

la mas profunda resignacion á los decretos de Dios, envia á V. M., á su Real esposa y familia, la bendicion apostólica — Mola de Gaeta 25 de noviembre de 1848. — Pius, Papa Nonus.»

El rey de las Dos Sicilias recorrió rápidamente esta carta con la mente y con la vista, lleno el corazon de pena y de lágrimas los ojos; su emocion se comunicó al conde de Spaur, quien, de pie, con su elevada estatura y con los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba la respuesta del rey. «Señor conde, le dijo Fernando II, volved de aqui á seis horas y tendreis ya mi respuesta.» El conde se despidió del rey y fué á reunirse con el nuncio que le esperaba, á quien entonces, y no antes, manifestó el contenido de los despachos que habia entregado á S. M. «¡Loado sea Dios! exclamó Mons. Garibaldi echándose en los brazos del conde; ¡Pio IX está ya á salvo!»

En aquella avanzada hora de la noche, el rey, despues de haber manifestado á la reina la carta de Su Santidad, y cuáles eran sus intenciones, mandó inmediatamente calentar las dos fragatas de vapor el *Tancreto* y el *Roberto* y embarcar á su bordo un batallón del primer regimiento de granaderos de la Guardia, y un batallón del 9.º regimiento de línea. Despues, descendiendo hasta los mas minuciosos pormenores, se ocupó con actividad en hacer trasportar á los dos buques una multitud de objetos necesarios para el servicio del Papa y de su comitiva; llevando su prevision hasta preparar la ropa blanca que pudieran necesitar el Papa y los que le acompañaban. Ya se conoce que es un hijo que piensa en su padre.

Algunas horas despues, cuando el conde de Spaur se presentó á recibir la respuesta de S. M., le dijo el rey: «Vamos á llevarla juntos.» Y como todo estaba dispuesto para

la marcha, dijo al conde de Baviera que le siguiera y subió en el *Tancreto* con la reina, el conde de Aquila, el conde de Trápani, el infante D. Sebastian y una comitiva tan brillante como numerosa. Algunos instantes despues hacian ya los disparos de ordenanza los cañones de los fuertes, y la flotilla régia volaba á todo vapor por las olas del mar (1).

Ángeles de Dios, velad por ese rey de nuestros corazones; porque honrando como honra al Padre comun de todos nosotros, Fernando II se ha conquistado un trono de amor y de gratitud en los corazones de todos los fieles católicos. La noticia de su piedad filial es por toda la tierra un bálsamo, un perfume que consuela, que regocija, que anuncia á las naciones entristecidas una era mejor, una época de reconciliacion y de paz. ¡Sea siempre bendito de Dios él y toda su familia!

Pero ¿cómo nuestro Padre, cómo Pio IX pudo ir de Roma á Gaeta? Hémosle dejado prisionero en su propia habitacion y por sus propios súbditos; pero acompañado de los dignos representantes de la Europa cristiana y de algunos servidores fieles. El dictámen general era que el Papa debia librarse de sus enemigos huyendo. Pero ¿cómo? ¿á dónde? ¿á Francia, á España, ó á otra parte? porque donde está el Papa, allí está Roma, allí está la Iglesia, allí está el centro del universo católico, allí está el corazon y el alma de todas las naciones cristianas.

La tempestad revolucionaria iba creciendo á ojos visto. Pio IX estaba siempre indeciso, cuando una noche, la del 22 de noviembre, recibió una cajita acompañada de una carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Santísimo Padre: El gran Papa Pio VI, durante las peregrinaciones de su destierro en

(1) Balleydier, t. 1, p. 262.—*Relacion del viaje de Pio IX á Gaeta*, por la condesa de Spaur.